

criaturas «ficticias» que ha creado. Por eso Juan de Mairena incluye a Antonio Machado entre sus apócrifos. El creador es criatura y, como tal, trabaja al servicio de su invención, y, muy de cuando en cuando, cobra el honorario que, a regañadientes, le ofrece un editor. El hijo somete al padre y éste escribe al dictado de aquél. El «autor» produce un significado que se transforma en significante que lo significa y deviene significado en un momento ulterior. El heterónimo es constituyente del autor, Bernardo Soares inventa y sojuzga a Fernando Pessoa que, finalmente, es su *pessoa* (su persona, su máscara). El lenguaje es sujeto en sí mismo y sujeta al sujeto que lo habla o lo escribe, al tiempo que lo edifica (en el sentido de construirlo y también de normativizarlo, de moralizarlo).

Algo similar o modélico ocurre con el sueño y la vigilia. Bernardo Soares lo explica diciendo que ésta es la realidad que existe y aquél, la realidad que no existe. Por lo que puede demostrarse que Sigmund Freud es un heterónimo de Bernardo Soares. Pero es un razonamiento tan facilongo que no merece más desarrollos.

2

Antiguamente, los santuarios eran lupanares y las prostitutas eran sacerdotisas. O viceversa, tanto da. Desde que los cleros modernos han separado las funciones, antes sacrales ambas, de la liturgia y el sexo, sólo podemos volverlas a reunir simbólicamente. Es lo que enseñaba el señor Teste cuando definía al Espíritu como el santuario y el lupanar de las posibilidades.

¿Por qué hay en el Espíritu tal tesoro de lo posible? Tal vez porque sea el denominador común de todos los sujetos, cierta comunidad universal del lenguaje. Eso que se ha llamado, en algunos momentos de la historia, la Humanidad, la capacidad de los seres humanos de denominarse unos a otros, haciendo abstracción de las personas, de las máscaras, de las *pessoas*. El Espíritu no se ocupa de aquello que enmascara: razas, lenguas, clases, sexos, edades, culturas, etc. El Espíritu es la caída de las máscaras, la derogación de lo personal, lo impersonal. Esa desnudez que busca el más pudoroso y escamoteador de los animales, el hombre.

Abel Martín encaja al Espíritu en su cuarta forma de la objetividad, mundo en que se representan otros sujetos vitales. Pertenece al mundo de la representación y en él «se le reconoce por una vibración propia, por voces que pretendo distinguir de la mía». Pero, en seguida, en el momento siguiente, se advierte que es un estado transitorio, dialéctico, de ese pretendido mundo. «Esta cuarta forma de la objetividad no es, en última instancia, objetiva tampoco, sino una aparente escisión del sujeto único.»

Sujeto único que es modelo de sujetos y que se disimula en objeto, este Espíritu es el sujeto que da unidad al mundo, pero unidad meramente posible (de nuevo Teste): sagrada o venal, o ambas a la vez, sacerdotal o prostitucional, tanto da: en cualquier caso, algo que reconocemos como esencialmente extraño y placentero, que es lo que ocurre en la liturgia y en el orgasmo.

La racionalidad del discurso y el proyecto de racionalidad del mundo, entonces (cf. Martín y Teste) parte de un discurso al que suponemos un sujeto único y



Xilgrabado de Manuel S. Cabanas

universal, que nos sujeta, nos incluye, nos enseña a sujetarnos y al que podemos creer un invento nuestro, o sea, un heterónimo:

Pero, cuidado: este sujeto es el Espíritu, el *ghost*, el *Geist*: un fantasma. Las promesas que nos hace son fantasmáticas y confiar en él es, de algún modo, fantasmaticar el mundo.

3

Dios ha muerto, pero el lugar que ocupó siempre como soporte de la realidad y promesa de verdad no está abolido. Todo discurso sobre la racionalidad de lo real lo pide como supuesto. Y, si bien se mira, la teología negativa, de la que tanto aprendemos a pensar en estos últimos siglos, también ha trabajado sobre esto: Dios, hipótesis lógica, soporte del discurso racional a partir de sus propias reservas.

¿Qué es un Dios apócrifo, se pregunta Mairena? Y se contesta con Pascal, como cristiano jansenista que era (que eran ambos), se contesta con Lutero, tal vez: su etimología: un Dios oculto, secreto, inconfesado. Alguien que existe a condición de no ser manifiesto. Escasos fieles ha tenido en estas costas meridionales, donde siempre necesitamos objetos, cosas, personas a las que sacralizar, fetiches a los cuales adorar. Pero ahí sigue, ayudando a pensar a sus incontables vástagos.

Dios es de una inevitable eficacia discursiva, es el vocativo universal que hace universal al discurso. Es el Tú de todos (de nuevo, Mairena), el que nos tutea a todos porque nos conoce de nacimiento, Padre común y que, común denominador (nombrador) de todos los hombres, se puede objetivizar y deviene El. Yo digo, Tú me nombras, en El nos reconocemos Nosotros.

Abel Martín traduce esta prueba gramatical de la existencia de Dios a términos más estrictamente existenciales. Dios es la mirada que soporta al mundo, el ojo que todo lo ve y no deja de verlo todo en ningún momento, la visión absoluta que es, por lo mismo, la absoluta vigilia.

*El ojo en superlativo
que mire, admire y se vea.*

Es, también, el generador de la historia, en tanto Creador. Pero no Creador de lo que existe, sino de lo inexistente: carencias, muertes, nada. Dios no creó al ser, porque El siempre fue, desde la eternidad, el ser-que-se-es. El ser no le hacía falta. Lo que le hacía falta era lo contrario del ser, el agujero en la extensión del ser:

*Dijo Dios: Brote la nada.
Y alzó la mano derecha
hasta ocultar su mirada.
Y quedó la nada hecha.*

Hecha la nada, hecha la carencia, el ser inmóvil, pleno y perfecto empieza a movilizarse para llenarla. Y en eso estamos. Eso es la historia, movilización humana